

CASA INCLINADA

OLIVEIRA SIN SENA

No había vuelto a la casa desde entonces. Luis dijo que ahora prácticamente la usaban de almacén, porque nunca terminaron de llevarse de allí las cosas, y que lo que buscábamos estaba en alguna parte, quizá en el piso superior, con las cajas de cómics. A mí me resultó extraño que en la mudanza no hubiera cogido sus cajas de cómics lo primero, pues era lo que más quería. A menudo pensaba que quería más a sus cómics que a todos nosotros, o al menos los cuidaba más. A ellos los ponía en plásticos separados, y se enguantaba las manos para pasar las páginas. Con nosotros, a menudo, era hosco y esquivo. A mí jamás me miraba a los ojos. No sabía cuándo había empezado a pasar, puede que el día de nuestra boda. Entonces era sólo un adolescente larguirucho y con una nariz que no hacía juego con el resto de la cara, rubio, muy rubio, casi tan

rubio como el que sería mi marido, su hermano mayor.

Mi marido se llamaba Óscar, y era el mayor de cuatro. Solía burlarse de Luis diciendo que era el raro de la familia. «Mi madre dice que es sensible, que percibe cosas, pero yo sé que es un rarito y punto». A veces también decía que Luis era un accidente, y que había nacido cuando sus padres ya no se querían. A menudo lo encontrábamos en la casa, cuando Óscar me colaba a escondidas para hacer el amor en su cuarto, con aquellas narices descomunales metidas en un cómic de Spiderman, supongo que deseando que lo picase una araña radiactiva para salir de allí por una ventana.

—Como le digas algo a mamá, te mato.

Óscar nunca fue simpático con él, es cierto, y no sé por qué le pidió aquel día que nos llevara a la vieja casa a buscar su título de ingeniería.

—Está enmarcado, ¿seguro que mamá no se lo llevó al piso cuando os mudasteis?

Luis negó con la cabeza. Cuando sólo habían quedado mi suegra y él en la vieja casa, la madre había decidido venderla y mudarse a un piso más cómodo, con ascensor para no tener que subir y bajar escaleras, el cuerpo ya no lo tenía para esas cosas, con ducha en vez de bañera. La casa necesitaba una gran reforma, y arreglarla casi hubiera salido más caro.

Por las circunstancias del mercado, la casa no se había

vendido, y ahora era como un almacén de los trastos que Luis y su madre habían dejado atrás, que eran casi todos; pareciera que la madre hubiese salido corriendo de allí a juzgar por el piso inferior. El salón estaba idéntico, sin que se hubiera movido ni un mueble, con aquella pesada alfombra y el viejo vídeo Beta encima del VHS. De hecho olía como entonces, ni siquiera el polvo había podido devorar el perfume a deseo de aquellos días en los que Óscar y yo y todos nuestros amigos veíamos películas en aquel enorme televisor y nos masturbábamos con disimulo debajo de las mantas. Sentí ahí la primera náusea y miré a Óscar pidiendo ayuda, pero él no se fijó siquiera en mí.

—No me puedo creer que mamá no cogiera mi título.

«Ni tú lo cogiste tampoco cuando nos fuimos a vivir juntos, imbécil», pensé. Un súbito desprecio me subió a los ojos e hizo desaparecer la inquietud y la náusea. Por entonces me pasaba a menudo que encontraba paz en insultar a Óscar mentalmente. Me di cuenta de que Luis me estaba mirando y me sobresalté. Casi me pareció que me hubiese oído. Desvió los ojos de inmediato y fue cuando dijo que quizá estaba entre las cajas de cómics, en el piso superior. Contuve la respiración. Me dio la sensación de que en esa casa había algo. O quizá sólo Luis, que de verdad era tan raro como pregonaba su hermano.

Creo que fue en la escalera que me di cuenta de que la casa

estaba inclinada. Al apoyar el pie en el primer escalón miré hacia la parte de arriba, siempre me gusta mirar hacia las metas, y me invadió un vértigo, una desazón, un escalofrío. Me gusta la simetría, y en la casa no había simetría. Las líneas convergían en vez de ser paralelas.

—La casa se está inclinando —dije en voz alta.

—No digas tonterías —respondió Óscar.

Me aferré al pasamanos con todas mis fuerzas. Parecía inconcebible que Óscar y Luis estuvieran subiendo como si nada aquella escalera que parecía dirigirse al colapso. Por un momento, sentí miedo a que todas aquellas líneas convergentes de la casa se encontrasen en algún punto, y que nosotros estuviéramos dentro en ese instante. Me pregunté qué pasaría y casi dejo escapar un grito. Por un momento me vi atrapada en aquel día en que perdí la virginidad en la cama de Óscar, muchos años atrás, y en la vergüenza y el dolor de entonces, y en cómo me dije que quizá tenía que ser así, aunque algo en mi interior decía que no. Él parecía contento, pero yo lloré un poquito al irme a casa. O en aquel otro día, en que él me metió mano y yo, no sé por qué, le di un bofetón como si en vez de mi novio hubiera sido un borracho de discoteca. O peor, el día en que me di cuenta de que Óscar era cruel con su hermano porque le robó aquel cómic querido suyo sólo para ver su cara.

—Y si lo quemamos, ¿qué crees que hará? —me preguntó.

Recuperé el cómic y se lo di a Luis a escondidas. Óscar estuvo enfadado conmigo una semana. Fueron unos días terribles, o al menos eso creí entonces. «Liberadores», me dije subiendo aquella escalera que se me antojaba con la inclinación de una montaña.

El piso superior ya no remitía a mi adolescencia, ni a mi juventud, ni a mi amor clandestino con Óscar: todo estaba lleno de cajas de arriba a abajo. Mi marido bufó furioso.

—¿Cómo pretendes que encontremos algo aquí?

—Buscando —Luis se encogió de hombros y se dirigió a la primera con unas tijeras abiertas en la mano.

Era una tarea imposible, pero él no parecía acusarlo. Abría las cajas y miraba las carpetas donde sus cómics lo esperaban ordenados dentro de sus plásticos y sonreía como si acabase de recuperar algo muy querido que se hubiera empeñado en olvidar. Creo que habíamos abierto unas cinco cuando vi la grieta.

Me pareció demasiado grande para ser una de esas que tienen tarde o temprano todas las casas. Partía del suelo y llegaba hasta el techo, como si una parte de la casa se hubiera empeñado en desgajarse de la otra. Volvió el vértigo enseguida, y quizá por la inclinación de la grieta me pareció que el suelo estaba inclinado también. Óscar y Luis, agachados sobre las cajas, dos grumetes sobre la cubierta de un barco manteniendo un equilibrio precario.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo?

La voz de Óscar a mi espalda, como un trueno, no consiguió que respondiera. Me acercaba a la grieta atraída por una voz que me había parecido oír. No sé si lo que más me aterrorizó fue reconocer que era mi voz, muchos años atrás, encerrada en el cuarto de baño frente al dormitorio. Era un fin de semana de agosto, y los padres de Óscar se habían ido con los más pequeños a Benidorm. Eso había sido antes de que se divorcieran. Óscar y yo teníamos la casa, aquella casa, para nosotros solos. No recuerdo qué me hizo, pero sí que me tiré una hora encerrada en aquel baño que seguramente estuviera del otro lado de la grieta, sollozando y valorando si salir a la calle por la ventana. Él me gritó, aporreó la puerta, y después me pidió perdón y suplicó. Yo le creí.

—El amor no es esto. El amor tiene que ser otra cosa —decía ahora la voz.

Aquellas palabras me hicieron daño. Me pregunté si las casas guardaban el amor que había habido en ellas. Si también el desamor. Si por eso se estaba inclinando aquella casa. Si por eso había huido la madre de Luis en cuanto había podido. Si por eso no había podido venderse.

—¿Que qué haces? —me espetó Óscar cogiéndome por el brazo—. Ahí pegada a la pared como si fueras gilipollas.

Me parece que fue en ese mismo momento en el que pensé

por primera vez en el divorcio.

—La grieta —murmuré—, está rompiendo la casa.

—¿Qué cojones dices de una grieta? Ponte a buscar, que nos tiramos aquí hasta mañana.

Quise volver a la chica del baño que fui, pero ya no oía su voz. El segundo piso se había quedado en un silencio augusto y romo. Miré a Óscar y me di cuenta de que no veía la grieta. Detrás de él, Luis me miraba fijamente por primera vez. Él sí la veía. La había visto siempre aunque yo la acabara de descubrir. Por eso no sacaba la nariz de los cómics: para no mirarla. Él, que era el hijo del desamor, sabía que el amor era otra cosa. Él sabía que el amor era otra cosa como yo lo supe una vez, escondida en un baño de su hermano, pero había decidido olvidarlo.

Me pareció recordar, allí parada, que aquel lejano día de mis veinte vi cómo el suelo se inclinaba hacia el bidé, y que me agarré al borde de la bañera por miedo a caerme. Luego, la voz de Óscar le devolvió la estabilidad al piso. Quizá Luis había dejado todos aquellos cómics en la casa para que no se hundiera. Lo habían salvado una vez a él, ahora podrían salvar los pocos restos de amor que mantuvieran unidos sus muros. Él me miró y supe que sabía y él supo que yo sabía que sabía. En un mudo entendimiento, esperamos que las redes de Spiderman aguantasen las risas infantiles, y los besos clandestinos, y aquel bonito día en el que su

padre hizo tortitas y a Luis le pareció que su madre casi lo quería otra vez contra los gritos, las voces oscuras, los platos rotos, los arrepentimientos poco sinceros, la crueldad.

—Lo he encontrado —dijo Óscar—. Menos mal, porque me lo piden para el ascenso. Vámonos de aquí, que huele a moho.

—Vámonos —estuve de acuerdo.

Salimos por la puerta del garaje, un portón enorme y azul cuya pintura se agrietaba y desprendía casi como si llorase. Luis echó la llave.

—El amor es otra cosa —le dije con la mano en su hombro.

Fue como si me viera por primera vez.

—Ya —susurró.

—Saca los cómics de ahí y deja que la casa se hunda y descanse.

Abrió mucho los ojos, pero a la sorpresa le siguió un asentimiento mudo.

—¿De qué andáis vosotros dos? Meteos en el coche que se nos hace de noche, joder —Óscar se puso tras el volante con brusquedad.

Nos metimos en el coche y pensé en todas las grietas que no había querido ver en mi propia casa, en los recuerdos que había preferido olvidar, en que mis niños se estaban aficionando a los cómics. Pensé que la mía también se inclinaría por falta de amor si

no hacía algo. Decidí no hacer nada a partir de aquel día. Y supe que Luis supo. Y que sabía que yo sabía que sabía.